

Aspecto que ofrecía la iglesia parroquial durante el solemne acto pontifical, oficiado por el Doctor Ricote.

ria esta tierra de San Martín, por donde, dicen, claro que eso es leyenda, estuvo el Obispo de Tours, que luego fuera santo; por donde estuvo, y esto no es leyenda, sino la pura verdad, la Reina doña Isabel. Sí; allí estuvo a la vera de donde hoy se ha inaugurado una traída de aguas, que hizo trepar a Leal por una escalera tremenda, hablando de la unidad de España. Allí, junto a los Toros de Guisando, casi asomados a la carretera y con menos fiereza en la mirada que los que luego a la tarde «darían pasaporte» los Girones, Juanito Bienvenida, Montes, no don Eugenio, claro está, sino don Curro, y Miguel de los Reyes, que aseguran va a ser astro.

Se cumple el séptimo «Día de la Provincia», ese día en que Madrid sale de pueblos, y el Marqués de la Valdavia, con camisa azul e ideas falangistas, hace un discurso más. Uno más en sinceridad de propósitos y de realidades, allí, a la vera de la estatua que ahora se inaugura de don Alvaro de Luna, condestable y hombre muy de política. Allí está ahora en bella piedra y en efígie dada por el cincel de Monteverde, el señor Condestable que tuvo castillo en aquella tierra de labranza y de vides. Arriba, en dominio de la villa, está el castillo que los Barones del Sacro Lirio conservan con rango y belleza.

Traída de aguas, lo repito, y pronto habrá que volver por aquí para solemnizar la inauguración de la Casa del Médico.

Lo moderno está en las aguas; la historia, en don Alvaro, a quien rodeaba la chavalería por aquel de verle y por aquel de escuchar al Marqués, que, olvidándose del micrófono, iba de aquí para allá y se encendía en los párrafos líricos o reales de su discurso, y el arte en las fotografías maestras de Loygorri, que

Reparto de bolsas de comida a los pobres de la ciudad.



ponen friso de hermosos lugares —El Escorial o Aranjuez, el mismo San Martín o Colmenar, todas las villas provincianas madrileñas— al salón de sesiones del Municipio, y a las que puso prólogo bello, en breves palabras, Manolo Pombo Angulo.

Lluvia madrugadora y buen sol luego. Por las calles, tapices de papel en los balcones viejos y nuevos; banderas, sonrisas florecidas de muchachas, tambores y trompetas de los chicos del Frente de Juventudes, músicas de la Banda de la Cruz Roja. Gentes de afuera y los del lugar. Y, naturalmente, periodistas premiados, los mayores del lugar y hay que citar al buen Barbeito queriendo cazar reportajes con entusiasmo juvenil, y hay que nombrar, por lo de juvenil, a María Pura Ramos de la Serna.

Día en que Madrid sale al campo, y salir al campo, se lleve o no la merienda, se encuentre uno con don Alvaro aquí o don Felipe allá, haya o no toros, siempre fué día de fiesta. Y esto fué ayer el de la Provincia.

J. S.



EL CARDENAL CISNEROS

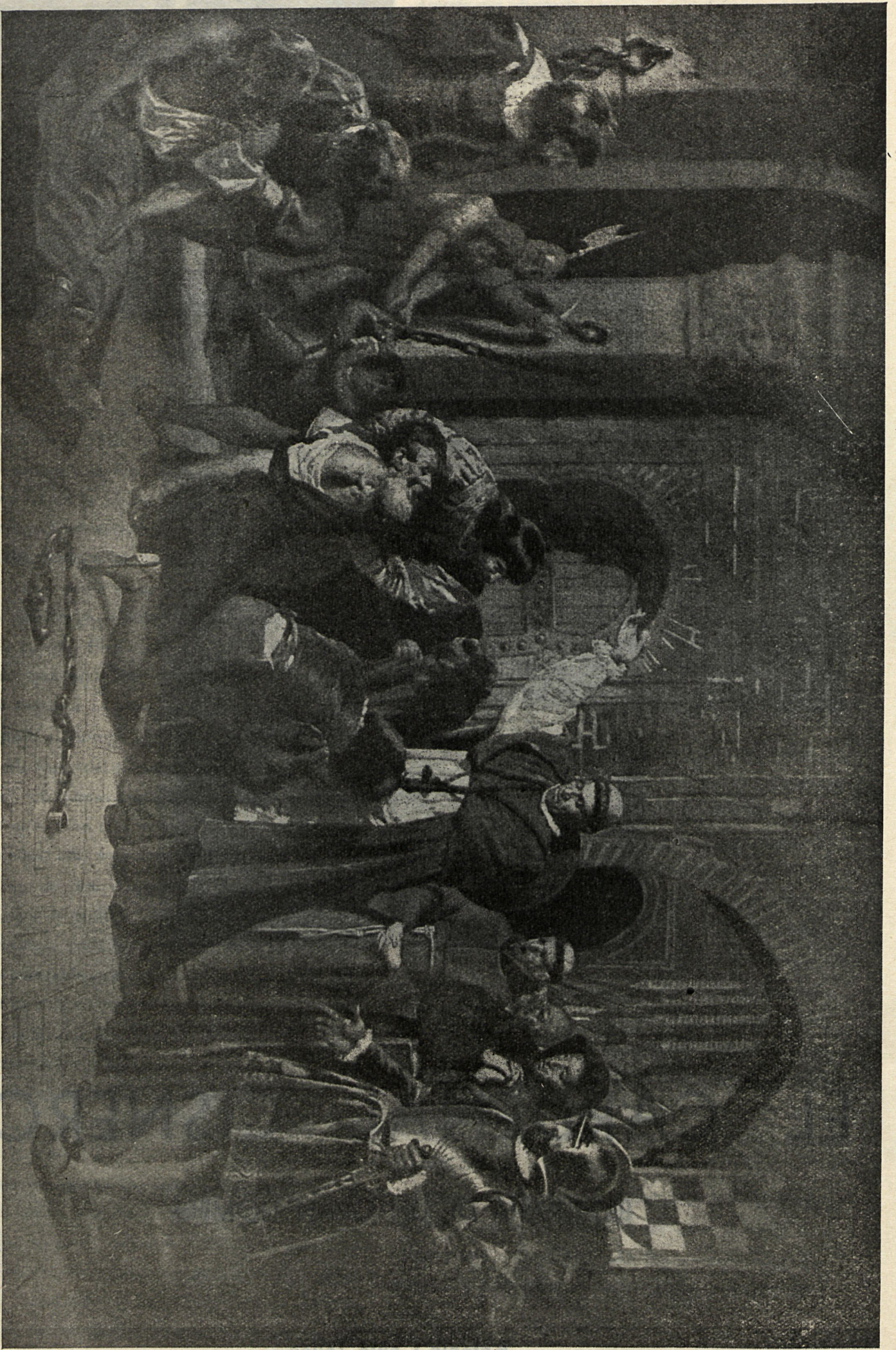
BIOGRAFIA DE UN GRAN HOMBRE

por

Antonio Cantó Téllez



(7)



Cisneros libera de las mazmorras ornesas a los cautivos españoles allí confinados.



(Continuación.)

Don Antonio de Acuña, hombre funesto, nacido más para las armas que para la Iglesia, no se sabe cómo vino de Roma investido Obispo de Zamora, y aun en contra del cabildo tomó posesión de la Sede, teniéndose que apelar al cruel alcalde Ronquillo, de cuyas garras se escabulló, al mismo tiempo que prendía fuego a la casa del juez y llevaba a éste preso al castillo de Fermoselle. Únicamente, y después de mucho juego, se le pudo reducir con cuatro compañías de a caballo que le hicieron entrar en razón, medida a la que se vió obligado Cisneros. Años más tarde fué el principal Comunero, al que Ronquillo seguía como la sombra al cuerpo, hasta lograr colgarle de una de las almenas del castillo de Simancas, último baluarte del guerrero clérigo, que al verse con la soga al cuello dijo con serena frialdad al verdugo: «Aprieta bien, no sea que me escape».

Otros escándalos como éste se dieron en su regencia; uno más, al nombrar el Rey, Obispo de Osma, a don Alonso Enríquez, hijo bastardo del Almirante, habido de una esclava, del que se decía que «no tenía más espiritualidad que un jarro». Otro análogo ya se citó en otro lugar al hablar de don Alonso de Fonseca, el viejo Arzobispo compostelano, que deja en su hijo, niño aún, el título de Patriarca, elevado a la silla primada con el escándalo del pueblo.

Mientras, Fernando era objeto de continuas censuras por su matrimonio con la francesa, insistiendo en ser tutor natural de doña Juana en caso de su incapacidad; pero le respondían que eso era a condición de no haberse casado según las leyes de los reinos, echándole en cara que le había jurado a doña Isabel no casarse de nuevo.

21.—DON FERNANDO LLEGA POR FIN A ESPAÑA DESDE NÁPOLES. TRAE A CISNEROS LOS NOMBRAMIENTOS DE CARDENAL E INQUISIDOR GENERAL.

Al llegar el Rey a España, Castilla se allanó con facilidad, volviendo al mismo tiempo el sosiego al Cardenal. A excepción de don Juan Manuel y el de Nájera, todos los grandes se doblegaron a su autoridad, saltando no obstante algunos chispazos de rebelión y discordia que el enérgico Cisneros aplastó en su nacimiento, colgando algunas cabezas de la sedición.

Por entonces, y a causa de la peste, que se enseñoreaba de Torquemada, doña Juana hubo de salir de la ciudad, pero por ser población muy populosa no quiso quedarse en Palencia, y el 9 de abril salía con su inseparable cadáver hacia el pueblecillo de Hornillos, donde acamparon al aire libre en tiendas de campaña por falta de alojamientos, esperando allí a su padre, mientras Cisneros y el Consejo aguardaban en Palencia.

Fernando se trajo a España al Gran Capitán, prisionero con grillos de oro, para confinarle en sus estados de Andalucía. No ya Gonzalo de Córdoba, pues ni Cisneros podía congeniar con el Rey, dada su suspicacia, celos y sospechas de todo el que le rodeaba. Al Cardenal, que le había defendido y conservado el Reino, tratóle de entorpecer su marcha, y no le borró de la Historia porque sabía se encontraría sin el baluarte tan necesario a su sostenimiento y el paladín que le preparó la triunfal vuelta a Castilla, allanando todos los caminos con su incansable celo. Pero esto no lo hacía el Arzobispo por el Rey; lo hacía por la Monarquía y por salvar a su querida España.

Desembarca Fernando en Valencia, pasa por Aragón sin detenerse y en el Monasterio de Piedra le recibe el Arzobispo de Zaragoza, su hijo y otros grandes que se le iban sumando por donde pasaba, llegando a Monteagudo, primer puebló de la Corona de Castilla, el 21 de agosto.

A su hija no hubo manera de hacerla salir de Hornillos para encontrarse con su padre, no obstante el arder una noche la iglesia del pueblo donde estaba depositado don

Felipe, el que fué trasladado ¡a la misma casa en que se hospedaba doña Juana! Tal vez este hecho le hiciera salir a los pocos días camino de Tórtoles, ¡y con el consabido cadáver!, al encuentro de su padre, que al verla se destotó respetuosamente de su bonete, correspondiendo la reina quitándose el capirote y quedando con tocas blancas, al mismo tiempo que, hincando la rodilla en tierra, quiso besar las manos de su padre, que lo evitó, abrazándola y dándole paz, quedando don Fernando profundamente entristecido al ver el desolado y descuidado aspecto de su hija, escena de que fué mudo testigo nuestro Cardenal.

Don Fernando lloró como padre, pero se alegró como rey, porque le dió sus poderes para gobernar a Castilla. A los siete días salieron para Burgos, donde el Rey entregó a Cisneros el Capelo cardenalicio dado por Julio II el 17 de mayo de 1507, marchando unida a esta dignidad el glorioso título de «Gran Cardenal de España», como lo fueron el gran Mendoza, y Frías, Obispo de Osma.

La augusta ceremonia se celebró en Mahamud, pueblecito próximo a Santa María del Campo, por negarse la Reina a hacerlo en este último lugar por estar en su iglesia depositado el cadáver de su Felipe.

Cisneros fué investido Cardenal por sus virtudes y superiores móviles, no habiendo entonces en España prelado más digno y eminente por su saber, virtud, méritos y altas dotes de gobernante. El título era de Santa Balbina.

Al mismo tiempo trajo el Rey las bulas por las que era nombrado (en contra de su voluntad) Inquisidor general.

Se ha dicho por algunos autores que Cisneros y Mendoza fueron los fundadores de la Inquisición, cuando en realidad fué el fanático y cruel Torquemada. Por entonces, Cisneros era apenas el pobre novicio del yermo. Fué, pues, en 1507 cuando el Rey obligó a presentar la dimisión al Inquisidor general de Sevilla, Fray Diego de Deza, por las muchas irregularidades y abusos cometidos por sus ministros.

Aunque por su espíritu reciamente cristiano y rancio españolismo, amaba al Santo Oficio, sus relaciones con él, antes de ser su jefe, hubieron de ser trabajosas, siendo poco amigo de los procedimientos inquisitoriales; díganlo si no las luchas que hubo de mantener al defender ante dicho Tribunal a Nebrija, a Lerma y a Vergara cuando el asunto de la Poliglota.

Su nombramiento se llevó a cabo principalmente para resolver en el famoso proceso del tristemente célebre inquisidor de Córdoba, Lucero, mancha oprobiosa de aquella época, echada por el tenebroso personaje con sus diabólicos procedimientos y atrocidades con gentes principales de Córdoba que estaban muy lejos de tener cuentas con este Tribunal, y otros que eran judíos ricos, a los que se les confiscaban sus bienes en provecho de los inquisidores y hasta del mismo Rey Felipe, teniendo don Fernando, por no engrosar el escándalo, que expedir un decreto para poner fin a los excesos de la Inquisición y suspender sus actuaciones.

Mientras, en Córdoba, se sublevaba el Marqués de Priego, so pretexto de que Lucero había hecho una redada de gente rica para quitarle los bienes, asaltando el pueblo el Tribunal en busca del tenebroso inquisidor, al que buscaron en vano, ya que astutamente disfrazado y montado en una mula a todo galope, se había puesto a buen recaudo.

Quando se supo en Córdoba el nombramiento de Cisneros, fué recibida la noticia con general satisfacción y júbilo, siendo la primera providencia del nuevo inquisidor echar mano de Lucero y encarcelarlo en Burgos, mandando constituir un amplísimo tribunal de personas doctas y justas que habrían de juzgar a los mismos inquisidores, asunto por demás delicado, habiéndose hablado entonces de cierta locura maniática del tal Lucero, que incluso había encartado su tribunal al santo y venerable varón Fray Hernando de Talavera, el Alfaquí Santo de los moros, proceso que deshonoró al Tribunal de la Inquisición; y todo por ser tachado de tolerante con los conversos, y que hizo



La conquista de Orán fué otro de los éxitos del Cardenal Cisneros, iniciador de una política africanista que cumplía los mandatos de Isabel, la Reina Católica, quien dijo que la conquista de Africa era empresa reservada a los pueblos de España

exclamar a la Reina Católica: «Esto le faltaba a mi santo». Pero Isabel había muerto, y toda la familia en Granada se vió complicada en una falsa causa de herejía, siendo apresados todos, no obstante las virtudes que poseían.

¡Fué el escándalo de la época para toda Castilla!; pero también le cupo a Cisneros hacer valer su proverbial justicia, interviniendo y resolviendo el enojoso pleito con la absolución de todos los encartados, pleito que no era debido más que a un tenebroso y ruin motivo de venganza. Pocos días después de libertados los supuestos reos, moría de sufrimiento moral el venerable arzobispo Talavera.

En resumen: Cisneros no fué nada fanático en su cometido de inquisidor. En este aspecto de su vida apenas figura en la Historia; y el Bulario de la inquisición de Toledo abona mi tesis sobre las funciones inquisitoriales del Cardenal.

El rey en Burgos empieza su segundo reinado. Don Juan Manuel se huyó adonde no debió de haber salido (a Flandes), siguiendo intrigando desde allá. Los nobles iban deponiendo sus banderías guerreras, y Fernando recuperando sus estados.

Entre tanto doña Juana iba de mal en peor, hasta que el 14 de febrero de 1508, a las tres de la madrugada, se presentó el rey para hacer prosegir la fúnebre procesión camino de Tordesillas, haciéndolo de noche como era costumbre en la reina. Reposaron en Villahoz, llegando por fin a Tordesillas, cárcel de reinas y corte de dolores egregios, doña María, doña Leonor, doña Blanca, doña Beatriz, doña Isabel de Portugal, reina de Castilla, doña Juana la Loca, doña Catalina.

Depositado el cuerpo de don Felipe en el monasterio de las Claras, en aquel caserón estuvo contemplando la reina durante cuarenta y siete años el arca misteriosa, causa de su dolor, poniéndose así fin a aquella extravagante procesión fúnebre que duró tres años de «Locura de Amor».

22.—CISNEROS EMPRENDE LA CONQUISTA DE ORÁN. ¿HÁBIL ESTRATAGEMA DEL ARZOBISPO PARA APODERARSE DE LA PLAZA?

Los Reyes Católicos tomaron Granada, con lo que se terminaron así las seculares guerras con el moro. Pero los odios de raza y la política africana continuaron su curso, considerándose que el dominio del norte africano era de necesidad urgente para el mantenimiento de la integridad peninsular, no pudiéndose olvidar que de allí salieron Tarik y Muza, bereberes, almoravides y almohades, que desde el siglo VIII venían atormentando nuestro suelo, siendo aspiración de todos los reyes encaminar hacia el Africa sus miras de conquista. Alfonso I el Batallador, Alfonso VII, Fernando III el Santo, Pedro III el Grande forman expediciones contra los moros de Tingitana, uno de los más florecientes centros de la civilización cristiana antes de la invasión agarena, asiento de poderosos pueblos y rancias nacionalidades. Pero lo invadió el Islam y arrastró a los pueblos africanos hasta la Mauritania, aniquilando las culturas púnica, griega, cristiana y romana, enseñoreándose la barbarie, hasta que siglos después pasaron a suelo africano, expulsados de España, almohades y almoravides, que ya llevaban un avanzado estado de cultura y civilización.

La Reina Católica, al morir, ya dijo que la conquista de Africa era empresa reservada a los pueblos de España, y el gran Cisneros, iluminado por aquella clarividente, ya acariciaba hacía tiempo la realización de esta magna empresa, escribiendo a los reyes de Inglaterra y Portugal para recabarles su ayuda.

Varios historiadores han dejado entrever que Cisneros tenía proyectada la conquista de Palestina para rescatar los Santos Lugares antes de acometer las campañas africanas. Esto no es cierto, pues él ya se percató de las luchas más o menos infructuosas que las Cruzadas dieron de sí, teniendo, por lo tanto, sus ojos puestos en Africa.

El conquistador de Orán, Capitán Pedro Navarro. (1460-1528).



Se trata de un hombre de gran carácter, que se dedicó a la conquista de las Indias. Fue el primer español en descubrir el estrecho de Magallanes, y también el primero en descubrir el mar del Sur. Fue un gran explorador y un gran estratega. Su vida estuvo llena de aventuras y peligros. Fue un hombre de gran fe y de gran valor. Su nombre es un ejemplo para todos los españoles.

La popularización de los nombres de Orán al suponer que hubo complicitad en la rápida toma de aquella importante plaza era, al parecer, efectiva, pero ignoraban quienes habían sido los sobornados. Parece ser que en el Archivo de Simancas existieron unos documentos probatorios de estos hechos, los que desaparecieron después a Orán (de donde desaparecieron posteriormente, al parecer, intencionalmente), y en los cuales constaba una donación para sí y sus descendientes de ciertas lincas, y del encargo de ciertos cargos a determinadas familias judías, que de ello hicieron sólido argumento, pretendiendo impedir la expulsión de los judíos de Orán (que sólo se hizo en tiempos de Carlos II), por haber ayudado a las tropas del Cardenal a su entrada en la ciudad.

Durante los azarosos días de su primera regencia, estuvo preparando la guerra de Africa, presentándole al Rey, en 1508, detalles de planos y cartas geográficas de la ciudad de Orán, que por encargo suyo había sacado reservadamente el navegante y mercader Venancio Jerónimo Vianelo.

Pero dió la casualidad que ese mismo año en que el Rey había ido a Córdoba a castigar al rebelde Marqués de Priego, el rey Mohamed de Fez había cercado con 100.000 hombres la ciudad de Arcella en Portugal. El Rey Fernando mandó en auxilio de la plaza 3.000 soldados que había traído de Nápoles, dando tal batalla al moro, que tuvo que replegarse éste hasta el mismo Fez, en Berbería, llegando a las marismas de Vélez de la Gomera, cuyo fortísimo castillo fué conquistado para España, defensa y seguridad de las costas andaluzas y del Estrecho de Gibraltar, hechos en que intervino el Cardenal, que con ello vió más alejadas las incursiones africanas a la Península.

A partir de entonces empezaron a hacerse por toda Castilla grandes apercebimientos de gentes de armas y naves, para hacer la conquista de Africa, dirigiendo estos afanes el Cardenal, como si desde niño se hubiese criado en un ambiente castrense, contándose a este propósito que estando haciendo su general Pedro Navarro unas maniobras militares en la vega de Toledo, advirtió a Su Señoría Ilustrísima que no pasara por cierta parte del campo, pues le daría mucho enfado el humo de la pólvora; a lo que el Cardenal respondióle: «No se os dé nada, General, que el humo de la pólvora en la guerra me huele tan bien como el incienso en la iglesia». Y esto diciendo, picó la mula y se entró por medio de los arcabuceros y mosqueteros.

Cisneros, con sus setenta y dos años, siempre joven y vigoroso, excitó al Rey a la conquista de la opulenta Orán, ofreciéndose a ir personalmente a dirigir la empresa. Pero Fernando le opuso su falta de fondos para ello, a lo que el Cardenal le objetó con decisión: «Señor, si ése es el único reparo, ya es la empresa mía; en mis caudales ha-

llará Vuestra Alteza todos los fondos que se necesitan para esta guerra». (Se comprometió a sostener el ejército por dos meses.)

Empeñóle el Rey su Real palabra, de la que después hizo poco honor, ya que el Cardenal se quedó sin cobrar los gastos de la campaña.

Cisneros recabó también de Fernando le concediera dirigir las tropas al Gran Capitán, que don Fernando tenía confinado en Córdoba, sin lograr su asentimiento tampoco, teniendo que recurrir al general Conde de Oliveto, Pedro Navarro, uno de aquellos hombres de monstruosa grandeza que prodigó el Siglo de Oro, hasta que España «se quedó exangüe, cansada de parir héroes».

Gran soldado, gran capitán de reconocido valor, pero mal político y voluble el tal Vareterra, no teniendo idea de patria, vendiendo a todos su sangre, llegando a ser corsario y pirata, robando a turcos y a cristianos, hasta que guerreando junto a Gonzalo de Córdoba éste le engrandeció, dándole Fernando el título de Oliveto, pero sin poderlo ennoblecer. Fué el artífice de las minas de pólvora, como medio el más expeditivo para rendir plazas y fortalezas.

Esta elección no fué muy afortunada, pues no podía haber inteligencia entre el carácter grave y circunspecto del Cardenal y el temperamento brusco y aventurero del capitán. Este fué proclamado general a las órdenes de Cisneros, el cual fué investido de Capitán General de la empresa.

En la Diócesis toledana produjo la noticia gran júbilo, ofreciéndose a su Prelado y señor. No así respondieron la Corte y la nobleza, ya que para ello hubiesen visto con mejores perspectivas el que fuese mandada la expedición por Gonzalo de Córdoba, motivo también por el cual no acudieron los Comendadores de las Ordenes militares, que no querían ser mandados por el tal Navarro.

Cisneros, además de los tesoros de la mitra (por lo que